

honró a su padre. Y aquí sería inmoral hacer política y proponer a esa hija de cacique como ejemplo a las hijas de los caciques de España.

La caciquesa Pocahontas salvó del caciquismo de su padre la vida de muchos colonos de la Nueva Inglaterra, entre otros la del capitán británico D. Juan Pérez, por su nombre original: John Smith. Se cita y traduce el nombre de este capitán británico porque fué, en efecto, un Don Juan, y hasta estuvo a punto de ser San Juan Bautista. Cuando, de orden del buen cacique Powhatten, iban a hacerle el honor de cortarle la cabeza, la caciquesa Pocahontas puso la suya de piel roja en el tajo. El verdugo, conmovido, como si fuera su padre, no cumplió la sentencia. Don Juan, se fugó. Supongamos que, más delicadamente, se hubiera negado a la sustitución de la cabeza, y hasta se puede suponer, en esto del amor, que la perdiera, ¿no es probable que la princesa piel roja se nos presentase bailando de amor y de dolor con la testa de su testarudo Don Juan, como la princesa judía Salomé?

El que la princesa pagana Pocahontas procediera, no sólo por piedad, sino por amor, demuestra que se le había pegado de los colonos cristianos más de una virtud semita.

La caciquesa, abandonada por Don Juan, se casó con otro colono: el señor Juan Rolf, que se la llevó a Londres y la estableció en la corte. La caciquesa se había casado con el señor Juan, naturalmente, cuando se persuadió que el Don Juan había muerto para ella. No era así. El Don Juan apareció envuelto en la niebla de la ciudad, y la princesa piel roja sufrió tanto—tenía veintidós años—, que fué ella la que murió. Su historia es más bonita que la de Tutankamon, y unos americanos han venido a Europa para desenterrarla. La caciquesa Pocahontas se halla enterrada en Europa; dejó un hijo que volvió a América, colonizó en Virginia, y resultan descendientes suyos el ex-Presidente Wilson y sir Robert Baden-Powell, general en jefe de los «boys-scouts», los cuales son el pálido remedo de los pieles rojas.

CORPUS BARGA

París y junio,

(El Sol, Madrid).

EL CONVIVIO de los Niños

Cuentos a Sonny. Por Santiago Pérez Triana.....	0.25	oro am.
Tardes de Invierno. Por F. Pi y Margall.....	0.25	>>
Florilegio. Por diversos autores....	0.25	>>
La Edad de Oro. Por José Martí. Dos tomos. Cada uno.....	0.50	>>
Los Cuentos de mi tía Panchita. Por Carmen Lira. Edición aumentada....	0.50	>>
Pasteur. Por Gaston Laurent.....	0.30	>>
Cuentos Viejos. Por María de No-guera.....	1.50	>>
El Delfín de Corubici. Por Anastasio Alfaro.....	2.00	>>

El Ateneo de Madrid y la Argentina

EL presidente del Ateneo de Madrid, recogiendo una iniciativa del gran poeta argentino Leopoldo Lugones, de la cual se ocupó EL SOL, a su tiempo, ha escrito la siguiente carta:

«Sr. D. Leopoldo Lugones.

Muy respetable señor mío: Honrado con la presidencia del Ateneo, me dirijo a usted, reanudando la relación que arrancó ahí de unas elocuentes palabras de usted, transmitidas por el señor Urgoiti al Ateneo, y que tuvo continuación en un telegrama que el Ateneo envió a usted en tiempo de mi antecesor, señor Buyla.

Su iniciativa para establecer una relación sistematizada y efusiva entre la cultura argentina y la española, sirviendo de vehículo este Ateneo, ha merecido—como en justicia debía ocurrir—la acogida más simpática y ferviente.

El Ateneo desea vivamente contribuir a esa labor de compenetración entre los dos pueblos, y se considerará muy honrado si su cátedra es aprovechada para poner de relieve los altos valores intelectuales argentinos, que

no son suficientemente conocidos en España.

Tiene usted, pues, la palabra. A usted, iniciador de la idea, toca trazar las líneas directrices para su implantación, con la seguridad de que el Ateneo le secundará gustosísimo, y no regateará ninguno de sus medios de acción para que fructifique pensamiento tan noble y útil.

Nos encontramos en vísperas de las vacaciones estivales. Desde fines de junio quedará paralizada la actividad del Ateneo hasta octubre. Si a usted le parece bien, podríamos aprovechar estos meses en planear los trabajos, mediante una correspondencia activa (que para mí sería honrosísima), hasta ver si comenzábamos con el curso próximo, es decir, desde mediados de octubre, la etapa de las realidades que a todos nos importan.

Permítame usted aprovechar esta oportunidad para brindarle muy sinceramente la estimación del Ateneo, y para rendirle personalmente el testimonio de afectuosa consideración de su atento servidor

ANGEL OSSORIO

23 mayo 1923.

(El Sol, Madrid).

El cepillo de dientes

UN ilustre médico inglés, sir John O'Connor, K. B. E., M. D., iniciales que significan Caballero del Imperio Británico y Doctor en Medicina, acaba de pronunciarse contra la costumbre de limpiarse los dientes con cepillos de duras cerdas, y dice en el periódico médico «The Lancet» de uno de los últimos números:

«He llegado a la conclusión de que un buen tanto por ciento de las afecciones humanas, tales como piorrea, caries dental, infecciones gástricas, apendicitis y descomposición orgánica, en general, proviene del inane frotamiento diario de los dientes con cerdas y del insano uso de dentríficos químicos. Ambas cosas mortifican y laceran los tejidos vivos, destruyen las defensas epitelicas y facilitan la entrada a gérmenes hostiles. Invito seriamente a mis colegas a que presten atención a los obstáculos que estas cosas interponen a la acción de los desinfectantes naturales: la saliva y el moco. Al emitir esta opinión no quisiera que se entendiese que desaprubo el limpiarse los dientes al tiempo de acostarse. Me parece bien frotarse suavemente los

dientes con un cepillo suave y enjuagarse con agua de soda u otra agua potable. Pero no hay que ponerse nada en la boca que no se quiera poner en el estómago».

He aquí, pues, una revolución en perspectiva. Hasta ahora habíamos creído que era la ciencia la que nos hacía frotarnos los dientes con un cepillo duro y algún unguento o polvos. No era la ciencia. Eran, sencillamente, los perfumistas, combinados quizás con los dentistas, los que nos sugerían semejantes procedimientos de destrucción de dientes y envenenamientos estomacales e intestinales. La ciencia, a todo esto, no se había ni siquiera planteado el problema del cepillo.

No hace mucho tiempo que se le ocurrió también a otro doctor inglés cuestionar el valor de los baños. El resultado de su averiguación es que el jabón se lleva los aceites naturales de la piel, que son excelentes defensas naturales contra los cambios de temperatura. También hubo un médico al que se le ocurrió negar que fuese higiénico dormir con la ventana abierta. Sabido es que también Inglaterra pro-